



EL CUARTO  
DE LAS  
MARAVILLAS



# DOLLY CITY

Orly Castel-Bloom



Título original:

**דולי סיטי**

© Orly Castel-Bloom y la editorial Hakibbutz Hameuchad

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2015

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Publicada por acuerdo con el Instituto para la Traducción  
de la Literatura Hebrea.

«Y a cada pueblo en su propia lengua», Libro de Ester I : 22



De la traducción:

Eulàlia Sariola

De la corrección:

Marc Jiménez, Josep Mengual, Claudia Ortego y Celia Santos

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Diseño de cubierta:

Estudi Miquel Puig

Imagen de cubierta:

Rafael Castañer

Maquetación:

David Anglès

Impreso en España

Primera edición: junio de 2015

ISBN: 978-84-16354-32-0

Depósito legal: M-14493-2015

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

*A mi hija Osnat*



## PRIMERA PARTE



Antes de morir, los peces ornamentales nadan de costado unas horas, se dan la vuelta, se hunden en aguas poco profundas y luego flotan hasta la superficie otra vez. Tuve un pececillo dorado que estuvo todo el día agonizando de esa forma hasta que, al atardecer, se hundió hasta el fondo con los ojos abiertos y el cuerpo combado como un signo de interrogación.

Me hice con un vaso de plástico y saqué del agua el cadáver. Me lo llevé a la cocina y vacié con cuidado el agua en el fregadero. Deposité el pez sobre el mármol negro. Cogí una navaja para trocearlo. Se me escurría por la encimera, el muy cabrón, así que tuve que sujetarlo por la cola y devolverlo a la escena del crimen. Me ensañé con aquel pez durante hora y media, hasta que su cuerpo quedó reducido a fragmentos milimétricos.

Entonces observé los fragmentos. En la antigüedad, en la tierra de Canaán, hubo hombres justos que sacrificaron a Dios animales mucho más grandes que aquél. Cuando inmolaban corderos, les quedaban en las manos grandes pedazos ensangrentados, y así su alianza era una verdadera alianza.

Sazoné los pedacitos del pececillo dorado, me puse uno en el dedo, encendí una cerilla, acerqué la llama a la carne del pez hasta casi chamuscarla y mi dedo empezó a desprender olor a carne quemada. Luego eché la cabeza hacia atrás, abrí la boca y dejé que el primer pedacito cayera directamente a mi aparato digestivo.

Lo mismo hice con el resto del pez, y cuando terminé me senté a contemplar a mi perra agonizante, una cocker spaniel de catorce años que padecía insuficiencia cardíaca. Estuve quince días sentada en el sillón contemplando su lengua colgante, seca, su respiración acelerada, sus ojos que se iban extinguiendo.

Durante aquellos quince días le di comida, bebida y, naturalmente, medicinas. Casi no quería comer ni beber y vomitaba los medicamentos. Le puse un gotero y eso la ayudó un poco.

Lamenté no haberle puesto también un gotero al pez, pero enseguida descarté la idea, sencillamente porque me parecía imposible encontrar una vena en un pez dorado tan pequeño. La verdad es que me parecía imposible encontrar una vena en cualquier pez, aunque fuese una carpa.

Al cabo de quince días de agonía, cuando mi perra ya no comía ni bebía nada y ni siquiera le hacían efecto los medicamentos, fui hasta el botiquín para prepararle una inyección sedante de la que no despertase jamás.

Me acerqué a ella, la acaricié. Me lamió los dedos con su lengua cuarteada, herida. Me lamió la cara, sus heridas me rasparon la piel, pero no me importó.

La tendí en mi mesa de trabajo y fui murmurándole palabras tiernas mientras le sujetaba la cabeza anaranjada con una mano y con la otra sostenía la jeringa.

Antes de que acabara de ponerle la inyección, mi perra cerró los ojos y se quedó dormida. La acaricié y le quité el collar con las chapas metálicas de las vacunas; todas llevaban grabadas mi dirección y la promesa de una recompensa en caso de pérdida.

Me senté en el taburete y me quedé mirando a mi perra gordita, mientras me preguntaba cuánto tiempo tardaría el sueño, desde el momento en que le puse la inyección, en transformarse en muerte y cómo se desarrollaría ese cambio de guardia.

La respiración de mi querida mascota se fue haciendo más dificultosa, más profunda, más reveladora. Cada respiración parecía que iba a ser la última, pero la seguía otra que le robaba ese privilegio. Hasta que... eso fue todo. La perra había pasado a la historia.

Llamé al veterinario. Lo desperté de su sueño en plena noche. Unos días antes, cuando fui a consultarle, farfulló que había alguien que enterraba mascotas por setenta shekels. Le pedí su teléfono.

–¿No podías haber esperado a mañana? –masculló. Pero enseguida me dictó el número.

Después de una conversación telefónica rutinaria con el enterrador, cuando ya iba a colgar me dijo:

–Espero, señora, que no crea que va a venir conmigo.

–Perdón –dije asombrada–. ¿Por qué no? Usted va a enterrar a mi perra. Tengo todo el derecho del mundo a estar presente en el acto. No hay nada que ocultar, ¿verdad?

–Escúcheme, querida –vociferó el tipo, impaciente–. Sus setenta shekels no es que supongan un gran negocio. A todas horas mueren perros. Los entierro en la arena, cerca del mar. Lo hago por la noche, tranquilamente, solo. Escójala: lo toma o lo deja.

La ventana estaba abierta de par en par y a través de ella se podía ver el firmamento oscuro, cuajado de estrellas. Llamaron a la puerta. Estaba tan absorta en lo que hacía que me corté. Me goteaba sangre de tres dedos. Los envolví en una toallita y me apresuré a abrir. Frente a mí había un hombre bajito, barrigudo y con un rostro enorme. Se presentó con el nombre completo, que se borró de mi memoria al instante, y se fijó en mi toallita empapada de sangre.

–Permítame –se ofreció, acercándose a mí.

–No, no hace falta –le dije–, de verdad.

Pero el visitante se fijó en mi palidez y en mis rodillas temblorosas, me condujo al sofá de terciopelo verde y me tendió en él. Luego buscó en el baño, sacó del armario el botiquín de primeros auxilios y, mientras me limpiaba la herida con la delicadeza propia de un médico residente, bromeó conmigo y me dijo que si hubiera llegado más tarde tendría que haberle pagado el doble, por el cocker y por mí.

Me vendó los dedos, fue a la otra habitación, metió a la perra dentro de una bolsa negra de basura, se la cargó al hombro y me reclamó el dinero en metálico. Saqué los billetes del bolso. Me entraron ganas de hacer con ellos un rollo bien apretado y, a modo de bigote, incrustárselo de través entre el labio superior y la nariz, pero se los tendí pensando que no volvería a verlo en la vida.

Sin embargo, apenas un segundo más tarde volví a verlo de lejos, desde mi trigésimo séptimo piso. Tiró la bolsa con la perra en el maletero, se sentó e intentó arrancar el coche. No lo consiguió, y yo pensé: he aquí tu oportunidad, Dolly. Entonces corrí hacia fuera. Entré en el ascensor cilíndrico de cristal, que subía y bajaba con un movimien-

to en espiral nada conveniente para el ahorro energético, esperando llegar abajo a tiempo. Corrí agachada por el asfalto, abrí con cuidado la puerta trasera del coche y me deslicé en su interior. El bribón todavía no había conseguido arrancar y su boca escupía un torrente de improperios. Por fin, al cabo de diez minutos se oyó el ronquido carente de gracia del motor y nos pusimos en marcha. Eché un vistazo al reloj, eran las dos y ocho minutos, y la brújula indicaba que íbamos en dirección oeste, justo lo que esperaba.

Veinte minutos después, el coche giró a la derecha y enfilamos una carretera de tierra llena de desniveles, con prostitutas de aspecto chillón apostadas a ambos lados. El conductor, que a lo mejor gracias a ellas tuvo una erección, murmuró algo entre dientes, giró el coche bruscamente para darle un susto a alguna y soltó una ruidosa carcajada que no se apagó hasta transcurridos unos largos minutos, cuando ya habíamos desaparecido de su vista.

El coche se detuvo bruscamente y él saltó fuera con una pala en la mano que había cogido del asiento contiguo. Yo salí sigilosamente, hacia la brisa marina, suave y salada. Me escondí tras un talud sembrado de flores amarillas de onagra, que no me recordaban a nada, y me puse a observar.

Una vez excavado el hoyo, a aquel delincuente solo le restaba echar a la perra dentro y enterrarla. Pero, en vez de rematar el asunto, se puso con otro. Sacó al cocker de la bolsa, cogió una horca del maletero y empezó a mutilar el cadáver. Lo acribilló a puñaladas, lo decapitó, lo desmembró, arrojó lo que quedaba de él al hoyo y lo cubrió apresuradamente.

Toda yo temblaba, bullía de rabia por dentro. Me alcé rugiendo, dispuesta para la batalla. El hombre se giró sorprendido y yo, desolada, le arranqué la horca de las manos y, en lugar de hincarla en la tierra como hubiera hecho cualquiera, la hundí en el vientre del enterrador con toda la fuerza que había acumulado en años de trabajo manual.

Él se dobló de dolor y yo enloquecí. Acabé con el tipo en un par de minutos.

Me quedé jadeando durante otro minuto. Cuando recuperé el aliento, reuní los pedazos de mi perra y los enterré a la luz de la luna. Entonces me sequé la frente, la tenía húmeda y me picaba.

Arranqué el coche y experimenté una paz espiritual que no sentía desde hacía tiempo. Con esa serenidad, conduje la cafetera hasta la carretera asfaltada.

Unos instantes después de pasar junto a una gasolinera iluminada y silenciosa, consciente a medias de la presencia de una silueta desdibujada junto a los tanques de gasolina, empecé a oír a mi alrededor unos ruidos incompatibles con el entorno. No podía ubicarlos en el espacio, parecían provenir del coche. Me detuve en el arcén y mis ojos se posaron sobre una bolsa de plástico negra tirada en la bandeja trasera del coche.

Coches pequeños, en especial escarabajos, circulaban por la carretera en ambas direcciones. Esperé un momento a que quedara despejada. Me arrodillé en el asiento y alargué el cuerpo para llegar al origen del ruido. Abrí la bolsa, y ante mí apareció un bebé azulado y hambriento envuelto en pañales de la seguridad social.

Pasé al asiento posterior. Hurgué en la bolsa para encontrar algún documento, algo que me permitiera identificar al tipejo aquel. Busqué fuera de la bolsa, alrededor. Bajo el asiento del conductor encontré una vieja declaración de impuestos de una zapatería.

El bebé chillaba y succionaba con los labios. Yo no sabía qué hacer para calmarlo. Le quité los pañales y descubrí que en la barriga tenía un orificio infectado de unos dos centímetros de diámetro rodeado de sangre coagulada. Cogí al niño y lo coloqué en el asiento del copiloto.

Me adelantaban coches a gran velocidad. Escarabajos, solo escarabajos. Eché un vistazo a mi acompañante. Empecé a conducir. Las luces de la calle recorrían su rostro. Los faros de los coches me cegaban. Observé de nuevo el agujero de su vientre y recordé la historia de un hombre que había vivido un número considerable de años y que había aceptado, en aras de la ciencia, conservar un agujero en el vientre para que su médico, un investigador, pudiera estudiar el funcionamiento del sistema digestivo. Oí hablar de aquel hombre cuando tenía veinte años y estudiaba medicina en Katmandú. Yo era la única judía en toda la universidad.

Dejé el coche en el aparcamiento subterráneo del edificio. Ya en el ascensor cilíndrico, apreté el botón del piso 37 y en unos segundos me planté en mi residencia oficial. Ya era de día. Tenía que actuar rápidamente y con eficacia.

Saqué un anestésico de uno de mis armarios y consulté en mis libros la cantidad adecuada para dormir a un bebé de su edad. Las ranas del acuario empezaron a croar

de espanto creyendo que iba a por ellas. Coloqué al bebé azulado desnudo en la mesa de trabajo. Berreaba. Tenía la boca abierta en forma de góndola. Lo hice callar con una inyección, lo desinfecté, le cosí el vientre y lo vendé. Mientras él dormía en la sala de reanimación, con medicamentos y minerales en el gotero, bajé a la calle, y al cabo de media hora estaba de nuevo en casa con todo lo que un bebé necesita. Le preparé una habitación cómoda y despejada y salí a fumar a la terraza.

Me puse a debatir conmigo misma: intenté encontrar argumentos lógicos para atrasar la ejecución, pero en lugar de imponerse en mí la voz de la razón, la situación se apoderó de mis ojos. Éstos no cesaban de huir hacia las alturas, una y otra vez, como si hubiese algo que ver, cielos y más cielos, escaleras de cielos, una torre de Babel de cielos, no solo un firmamento azul, profundo, unívoco.

No tenía elección: me inyecté en la vena un calmante, me sentí mejor y de momento se salvó la vida del niño.

Intenté llamar a mi madre pero comunicaba. Cuando yo era niña, me había contado la historia de otra madre que había metido a su bebé en la lavadora y la había puesto en marcha. El tribunal la condenó a cadena perpetua y a trabajos forzados en la lavandería. Mi madre grabó tan profundamente en mí aquella historia que incluso ahora, al meter la ropa del crío en la lavadora, imaginé que veía también al bebé en el interior y perdí el conocimiento.

El bebé me despertó con sus gritos, y de nuevo, como el efecto de los tranquilizantes había pasado, deseé estrangularlo. Pero me dije: eso es desperdiciar tu energía, Dolly. En cualquier caso, este alfeñique va a morir en pocos días, por infección, abandono o negligencia. Si finalmen-

te acaba siendo asesinado, qué más da. De todos modos, hace mucho que debería haber muerto.

Pese a todo, me estrujé el cerebro para encontrarle un nombre al recién nacido. Pensé en Niño, suponiendo que no pasaría de los tres años. Empecé a pasar revista de nombres en mi cabeza, pero el niño casi se ahoga con los berreos. Le inyecté un anestésico en la columna vertebral y se calló.

Me tendí en mi enorme cama y me puse a ver los programas de televisión que llegaban a través de las parabólicas del tejado, mientras fumaba como una chimenea. En un momento dado me sorprendí silbando a la perra, una cuerda chasqueó en mi cuerpo, en do sostenido, cerré los ojos y decidí llamar al bebé Hijo, para que si alguna vez lo llamaban hijo de puta se lo tomara como algo personal y se peleara por nosotros dos.

Durante los primeros días de vida de Hijo cumplí los treinta, de modo que llevaba cinco años viviendo en la torre de cuatrocientos pisos. Durante años no me había relacionado con ningún vecino, excepto con el mago Itsik, del piso cuarenta y siete. Cuando me quedaba sin azúcar moreno, sin conejos o sin antidepresivos, subía a su casa. Una semana después de haberme convertido en madre a mi pesar, a medianoche, estaba deseando dormir pero el sueño huía de mí como un chiquillo que se esconde entre las columnas de cemento de un parking de Ashdod.

Soplaba el jamsín, una mierda. No funcionaba el aire acondicionado. Todos los animales del laboratorio se agitaban nerviosos. Solo el recién nacido dormía como un cadáver.

Ya en el ascensor me di cuenta de que en casa de Itsik se celebraba una de aquellas veladas desenfrenadas. Cada pocas semanas el tipo invitaba a magos y magas de la ciudad a una fiesta iconoclasta.

Me abrió el dueño de la casa. Detrás de él asomaron las cabezas de sus colegas, hombres y mujeres groseramente maquillados.

–*Excusez-moi* –supliqué–, ¿tendrías por casualidad una caja entera de pastillas amarillas?

–*Pardonnez-moi* –dijo Itsik–, ¿en casa de herrero, cuchara de palo?

–Dime si tienes o no.

–*Pardonnez-moi* –respondió, me hizo una reverencia y se retiró al interior de la casa. En su lugar, ocuparon el marco de la puerta decenas de rostros que me examinaban. Al cabo de diez minutos apareció de nuevo el dueño de la casa con solo veinte pastillas amarillas y un vaso de agua.

–Se ha terminado el stock, doctora. Lo único que puedo ofrecerte es que te unas a nosotros.

Me tragué las pastillas de golpe mientras permanecía de pie en la puerta. Hacía casi diez años que tomaba pastillas amarillas para la depresión y ya casi no me hacían efecto. Me las había recomendado un estudiante de informática tailandés con el que había follado una decena de veces. No sé muy bien por qué sigo tragándome más de veinte pastillas al día, no tiene ningún sentido.

En el salón de Itsik estaban haciendo el número de la mujer a la que meten en una caja de tres compartimentos, la atraviesan con espadas y al final sale indemne. Pero algo salió mal y el terror salpicó a los asistentes como un aspersor giratorio.

–Ay, ay –chilló la aprendiz de maga, a la que las espadas habían atravesado el cuerpo desde todos los ángulos sin que derramase una sola gota de sangre.

Itsik me miró, blanco como un ángel. Yo era consciente de que, como médico, me tocaba actuar deprisa, pero al mismo tiempo, como persona, no me hubiese importado que la mujer muriera.

–Te lo ruego, Dolly, haz algo.

Itsik hincó una rodilla en tierra teatralmente, me tomó una mano y me besó las puntas de los dedos. Sabía que no podía resistirme a eso. Tenía los labios resecos y agrietados de sonreír a la fuerza en tantas fiestas de cumpleaños, en las que actuaba de payaso y mago a la vez.

–No sé qué decirte –le respondí–. Lo pasado, pasado está. Por desgracia, la mujer ha muerto.

–Por favor, doctora Dolly. Te lo suplico encarecidamente. Apiádate de Noga Hason. Es una de las mejores. Le puede ocurrir a cualquiera.

Me destesté a mí misma: me impresionaba que me llamaran «doctora Dolly», y el mago Itsik se aprovechaba de ello. Bajé al consultorio y regresé al cabo de un momento con mi maletín. Todos los asistentes a la fiesta se sentaron en el suelo del salón y se pusieron a jugar a juegos adecuados para su coeficiente intelectual. Lo hacían con fervor, disfrutando como monos.

Mientras, yo le iba sacando las espadas a la mujer, pero en lugar de estar imbuida de la sublime misión de salvar vidas humanas, me habría apetecido hacerle el harakiri.

Cuando todo hubo terminado, los magos tendieron a la señora en el sofá y le lamieron las heridas mientras ella repetía sin cesar gracias, gracias.

Al mismo tiempo, la gente se acercaba y me besaba en la mejilla, y yo, ruborizada, intercambié una sonrisa con Itsik, que me había follado más de una vez.

Regresé a casa harta de todo y se lo hice pagar a los conejos. Uní a un par de conejos por la oreja, a otros dos les corté una oreja por cabeza y se las cosí de nuevo intercambiadas.